

LA EDUCACIÓN DE LOS PLANIFICADORES URBANOS EN LA ERA DE LA INFORMACIÓN

Manuel Castells

Ciudades y regiones en la era de la información

Vivimos un momento de transformaciones históricas caracterizado por la oposición bipolar entre la globalización tecno-económica y la identidad socio-cultural. Las consecuencias espaciales y sociales de esas transformaciones están apenas empezando a aparecer y, sin embargo, ya han cambiado nuestra forma de trabajar, de consumir y de vivir. Las ciudades y las regiones se ven fundamentalmente afectadas en su realidad y en su representación por dichos procesos que trascienden culturas y niveles de desarrollo. Aunque bajo nuevas formas, un gigantesco proceso de urbanización está ocurriendo en todo el mundo, particularmente en Asia y Latinoamérica. Las megaciudades surgen como constelaciones de territorio arrasado, concentrando tanto la energía como el abandono de los países y las sociedades. La sustentabilidad ambiental se ha convertido en la piedra angular de las nuevas estrategias de desarrollo. Las ciudades y las sociedades se han ido convirtiendo paulatinamente en entidades multiétnicas y multiculturales, enriqueciendo así el mosaico cultural de nuestras vidas pero, también, exigiéndonos cada vez más la habilidad de traducir códigos y compartir significados de orígenes diversos.

Paradójicamente, los gobiernos locales y regionales parecen más hábiles que los gobiernos federales o nacionales para navegar en esos flujos de información, capital, y poder, mientras hacen contacto con la diversidad cultural de sus electores y representan los intereses de la ciudadanía. En todo el mundo se observa una disminución en el poder de los gobiernos nacionales, dependientes, cada vez más, de su mem-

bresía a instituciones multilaterales y de los acuerdos internacionales; al mismo tiempo puede verse un crecimiento de los gobiernos locales y nacionales como agentes más dinámicos de negociación, representación e iniciativa estratégica. El estado nacional resulta demasiado grande para la administración de la vida diaria, y muy pequeño para controlar los flujos globales de capital, el comercio, la producción y la información. La crisis de legitimidad política asociada con la exclusión de los estados nacionales por la globalización de la economía y la tecnología, implica un distanciamiento creciente entre la gente y las instituciones, justo en el momento en que el sector público debe ser enérgico y consistirse en el soporte para contrarrestar los efectos indeseables de las incontables fuerzas del mercado y la turbulencia financiera.

Nuevos paradigmas en planificación urbana

Confrontadas por este remolino de transformaciones sociales y espaciales, las categorías intelectuales que constituyeron la base de la planificación en general, y de la planificación urbana en particular, se han vuelto obsoletas. Sin embargo, las cuestiones tratadas por los planificadores urbanos y regionales son más importantes que nunca, y el bagaje de habilidades acumuladas en el campo, tanto el profesional como el de las instituciones académicas, es absolutamente precioso. Lo que está en discusión es la habilidad de los planificadores urbanos y de sus profesores para renovar su pensamiento, sus límites y su método, en tanto se apartan del mundo que van dejando atrás: un mundo centrado en un estado benefactor, en una rígida zonificación, en la creencia en modelos de crecimiento metropolitano, en lo predecible de los patrones sociales, en la legitimidad de los gobiernos nacionales, en los beneficios a largo plazo del crecimiento económico sin restricciones sociales ni ambientales y con una visión patriarcal del mundo.

El peligro para la profesión y para las escuelas de planificación es encarar esta transformación defensivamente. Como en los grandes procesos de cambios sociales, hay extraordinarias oportunidades de afianzarse a ellos, pero también existen graves costos para aquellas instituciones e individuos que no puedan o no quieran adaptarse.

Existe un peligro obvio de cavar la zanja de la resistencia cultural y oponerse al cambio refinando viejos conceptos o embarcándose en un proceso de autorreflexión en el cual la planificación misma se convierte en la meta y no el medio. Mientras que en el mundo profesional la dura realidad de las burocracias, la política y los mercados dejarán un espacio estrecho para el escapismo intelectual, en el campo de la planificación académica la construcción de mundos de fantasía elaborados sobre categorías abstractas, o el intento de justificar la planificación inventando una nueva disciplina a su alrededor y un fundamento teórico *ad hoc*,



podrían substituir a la ardua tarea de reinventar lo que ya se hace en el exterior, en un mundo cada vez más complejo. Eso no debe ser.

La planificación urbana y regional es, más que nunca, una herramienta necesaria para encarar los problemas espaciales, económicos y sociales que emergen en las ciudades y regiones del mundo bajo las ondas de choque de la era de la información. Pero para poder hacer frente a esta tarea, la planificación debe reconstruir sus herramientas analíticas (no elaborar una nueva "teoría") enfocando su esfuerzo en su objeto específico: las ciudades, las regiones, las formas y los procesos espaciales, los territorios. La planificación urbana y regional es, sobre todo, transformación espacial. Todas las otras materias (económica, tecnológica, política, cultural y factores sociales) tienen que ser especificadas en la relación con un determinado territorio y con las comunidades incorporadas o amenazadas en ese territorio. Ésta debe ser el ancla que evite la pérdida del rumbo en una época de increíbles cambios en el pensamiento.

La planificación es una profesión, no una disciplina académica. Una tradición de trabajo profesional, no una metaideología de la racionalidad. Siempre se ha nutrido con una variedad de disciplinas académicas: geografía, historia, economía, arquitectura, diseño, psicología, antropología, ingeniería, biología, sicología, matemáticas, filosofía, y aun literatura. Su fortaleza residió, y reside, en su carácter interdisciplinario que deja espacio para respirar en relación con nuevas cuestiones, que hace posible construir herramientas a partir de los materiales disponibles sin tener que doblegarse ante los enfoques normativos que limitan a las disciplinas académicas. La planificación se mueve libremente a través de las fronteras del pensamiento, del diseño y de la acción. Pero para no perder la brújula, necesita un propósito. Tal propósito está dado por una fuerte definición empírica de su objeto: ocupándose de los asuntos concernientes a las formas y a los procesos espaciales, tal como éstos se expresan en las ciudades y regiones del mundo. Cualquier intento de extender el alcance de la planificación urbana y regional hacia las cuestiones que tienen



lugar en un mundo totalmente urbanizado la deslegitimará, e introducirá una separación fundamental entre las operaciones técnicas de bajo nivel inherentes a la profesión, y lo inútil de la especulación imperante en una academia mermada.

La planificación urbana y regional tendrá todavía que ocuparse de un amplio rango de temas. Algunos de ellos son prioritarios para la vida de la población y para los asuntos gubernamentales de todo el mundo:

1. El tema principal es la sustentabilidad ambiental. Actualmente estamos conscientes, tanto por el activismo social como por el conocimiento científico, de los daños remanentes de algunos procesos de crecimiento. La estrategia de la solidaridad entre generaciones, esto es, entre usted y los hijos de sus hijos, requiere un esfuerzo extraordinario para la integración de la dimensión ambiental, la cual es siempre territorialmente específica.

2. Una segunda cuestión fundamental es la planificación de la infraestructura urbana y metropolitana que, en la mayor parte del planeta, tendrá que ir a la par con el megaproceso de urbanización, al igual que con el mejoramiento de la calidad, la reeducación y la suavización ambiental de la –en buena medida– irracional infraestructura sobre la cual son construidas nuestras ciudades en la actualidad.

3. La reconstrucción del significado cultural de las formas y los procesos espaciales es, al mismo tiempo, la actividad más antigua de la planificación y su nueva frontera. En un mundo marcado por los flujos abstractos de información y caracterizado por el desarraigo cultural y la obtención de experiencia en la virtualidad verdadera, la señalización de los espacios, la nueva monumentalidad, las nuevas centralidades, la atribución de significados identificables a los lugares en donde vivimos, trabajamos, viajamos, soñamos, disfrutamos y sufrimos, son tareas fundamentales en la reconstrucción de la unidad entre función y significado. Sin esto, nuestras sociedades se desintegrarán en la yuxtaposición entre las operaciones externas y las experiencias internas.

4. El cambio hacia los gobiernos locales y regionales como instancias decisivas de gobierno,

administración, participación y representación, requiere de un serio replanteamiento de aquellas instituciones locales/estatales menos propensas a la obcecación, la corrupción y la mezquindad política. La posibilidad de una ciudad estado en una economía mundial es sólo eso, una oportunidad, favorecida por los vientos de la nueva historia, sí, pero esto no significa que los gobiernos locales, y aun menos los políticos locales, estén listos para ello. Por cada Barcelona, por cada Curitiba, y por cada Portland, hay muchos Washingtons D.C., muchos Méxicos, y muchos Berkeleys. Qué tipos de instituciones locales pueden ser los apropiados en la era de la información, cómo pueden conectarse electrónicamente para ser tanto locales como globales, y cómo la planificación urbana y la planificación de estrategias metropolitanas pueden ser renovadas dentro de esta perspectiva, son los retos mayores del pensamiento y del diseño organizacional, y deben estar en relación con las características de los territorios en donde esas instituciones tienen sus raíces, esto es, deben ser especificados espacialmente.

Con todo esto en mente, mis sugerencias prácticas para la educación de los planificadores de la ciudad pueden verse menos arbitrarias de lo que parecen en el siguiente resumen.

Nuevos caminos para la enseñanza de la planificación

La enseñanza de la planificación debería estar basada en la flexibilidad, dotando a los estudiantes de elementos provenientes de diversas disciplinas, con tan pocas restricciones como sea posible (de hecho, excepto para los métodos, argumentaría la necesidad de que no hubiese ninguna restricción, dejando que los departamentos naveguen inteligentemente en constante interacción con sus estudiantes, confiando en la inteligencia y el sentido común).

Quisiera, sin embargo, hacer énfasis en los métodos como campo común y como un mecanismo de control de calidad. En ellos incluiría un amplio rango de herramientas. Primero, y para todos, quisiera destacar las habilidades para el lenguaje escrito y hablado, algo que está totalmente olvidado en las licenciaturas y que es factor decisivo en la era de la información. Establecería seminarios de retórica, muy en la tradición griega (cercana a la Sorbona de París, debo confesar), como una forma que permita a la gente ligar sus conocimientos con sus habilidades de comunicación. Esto incluye hablar idiomas, en plural, inglés, en particular, puesto que es de esperarse que los planificadores urbanos incrementarán sus operaciones en el ámbito internacional.

Junto con las habilidades para hablar y escribir, las escuelas de planificación deben hacer hincapié en el uso y manejo de los sistemas de información, especialmente en la obtención de información y paquetería de la Internet. La representación gráfica, el diseño por

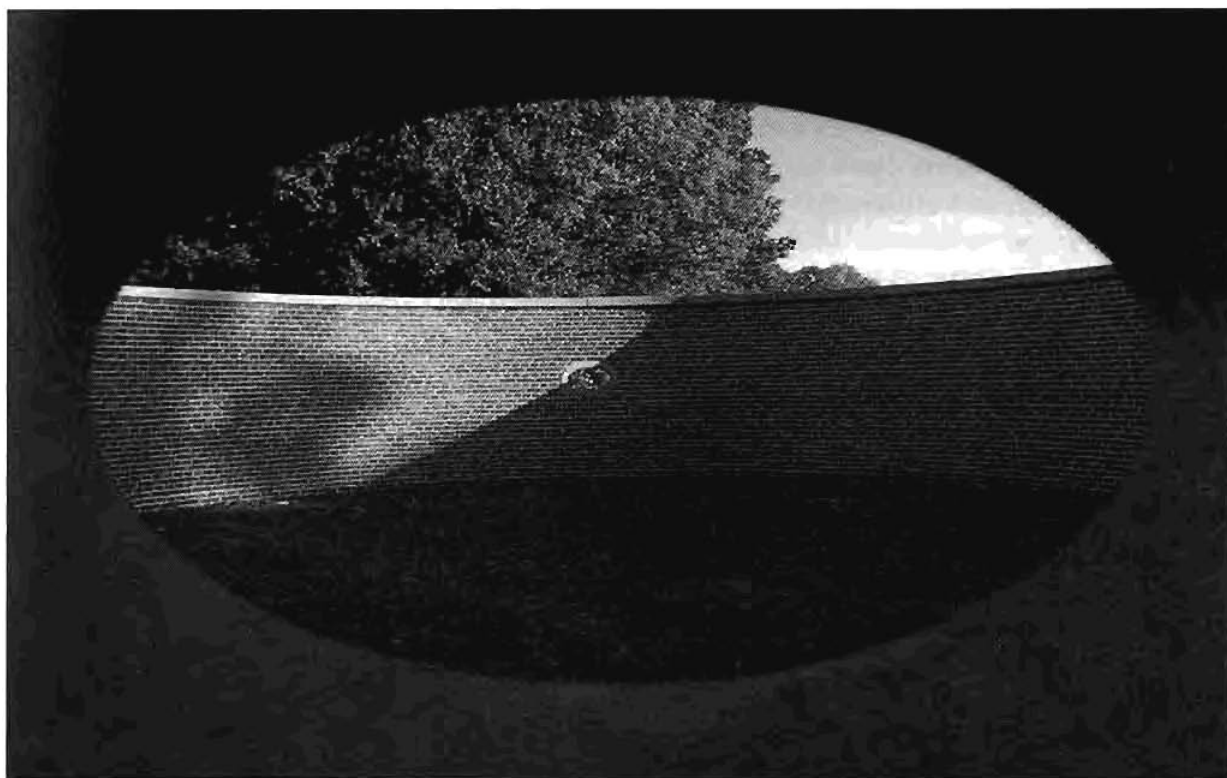
computadora y el análisis cuantitativo mediante programas en línea deben ser herramientas comunes.

Si para encarar las cuatro grandes cuestiones que he planteado arriba fuesen necesarias destrezas adicionales, yo incluiría tres campos del conocimiento y de la experiencia profesional: el análisis económico, la historia de la arquitectura y el diseño urbano, y la sociología política de las instituciones urbanas y regionales. Alrededor de este núcleo común de habilidades y conocimientos básicos, organizando bloques por temas que puedan siempre cambiar de acuerdo con la corriente, debe desarrollarse una práctica que sea tanto flexible como especializada. Deberíamos asegurar que en todas las disciplinas y en todos los cursos orientados por temas, se tenga un enfoque suficientemente sensible con respecto a la diversidad humana en términos de género, etnia, clase, edad, cultura y país. No creo que la planificación urbana y regional deba formar áreas de especialización en categorías como estudios de la mujer, estudios étnicos, o planificación para el desarrollo de los países, por poner algunos ejemplos. Los grandes temas de la diversidad deberían integrarse en la corriente principal de la práctica, y no ser relegados al mero reconocimiento simbólico en áreas de estudio segregadas.

Es bastante obvio en estas sugerencias, que la práctica académica de los planificadores urbanos debe concentrarse en los niveles de



licenciatura y, esencialmente, de maestría. Deberíamos adiestrar a profesionales de primer nivel sobre la base de una licenciatura en que ya han sido expuestos a una educación sólida en una o varias disciplinas. En algunas instituciones, pero no en todas, un pequeño programa de doctorado debe ser implementado y fortalecido, con el objetivo de proporcionar la planta docente a los departamentos de planificación urbana del mundo, una creciente necesidad para los años venideros. Quisiera evitar, de cualquier forma, el excesivo ensanchamiento de las disertaciones sobre planificación urbana y regional hacia todos los tópicos y temas, ello a pesar del título ("Planificación urbana y regional") que pudiesen tener algunos programas de doctorado. En primer lugar, porque esto puede devaluar a la mayoría de dichos programas y ponerlos en el nivel de disertaciones de ciencias sociales de segunda clase.





En segundo, porque probablemente sea pedir demasiado a la facultad que tiene la planificación urbana de realizar investigación doctoral sobre un amplio rango de temas y disciplinas. Y, finalmente, porque la indeterminación de las disertaciones sobre planificación urbana reproducirá su vaguedad en los futuros académicos de la planificación, creando una reserva de inteligentes pero fundamentalmente inciertos escolares. Con la debida flexibilidad, quisiera pedir que las disertaciones sobre planificación urbana y regional se enfocaran explícitamente sobre las ciudades y las regiones, y no sobre los prolegómenos o corolarios de cualquier cosa que suceda en el tiempo y en el espacio. Lo cual, por cierto, significa que todas las disertaciones, sean cualitativas o cuantitativas, deberían ser aterrizadas empíricamente.

Para relacionarse con las extraordinarias transformaciones que se suscitan en la actualidad, los

estudiantes de planificación urbana necesitarán pasar algún tiempo en internados profesionales, tanto locales como internacionales, dependiendo de sus intereses, y este programa debería ser el mayor compromiso sistemático de las escuelas. Tal vez una nueva forma de relacionarse con el mundo real sea iniciar –o aprovechar– programas de extensión en planificación urbana y regional, proporcionando estudiantes a los gobiernos, instituciones, organizaciones no gubernamentales y empresas; los estudiantes adquirirían allí muchas de las habilidades que necesitan, recibiendo capacitación específica por parte de la empresa o institución participantes.

Si somos capaces de aprovechar la oportunidad que tenemos de renovar la planificación urbana y regional con miras a enfrentar los retos de la era de la información, tal vez podamos contribuir en el establecimiento de relaciones entre la ciencia, la tecnología, la cultura y la política, habilitando a lo local para controlar lo global, de modo que función y significado, productividad y justicia social se integren y reconcilien.

Let it be.

**Tomado de Berkeley Planning Journal, Vol. 12.
Traducción de Ulises Roa Gómez.**



